

# MUJERES DE MI GENERACIÓN

por:  
**Rafael Enrique Luna**



Las mujeres de mi generación son las mejores. ¡Y punto!

Hoy tienen cuarenta y pico, incluso cincuenta, cercanas algunas a los sesenta y son bellas, muy bellas, pero también serenas, comprensivas, sensatas, y sobre todo, endiabladamente seductoras, esto a pesar de cabellos teñidos, sus maquilladas patas de gallo o de esa afectuosa celulitis que capitonea sus muslos, pero que las hace tan humanas, y tan reales.  
¡Hermosamente reales!

Casi todas, hoy, están casadas o divorciadas, o divorciadas y arrejuntadas con la idea de no equivocarse en el segundo intento, que a veces es un modo de acercarse al tercero, y al cuarto intento. Qué importa. Otras, aunque pocas, mantienen una pertinaz soltería y la protegen como una ciudad sitiada que, de cualquier modo, cada tanto abre sus puertas a algún visitante. Qué bellas son, por Dios, las mujeres de mi generación!

Criadas bajo la era de Acuario, con el influjo de la música de los Beatles, de Bob Dylan, de Lou Reed, el mejor cine de Kubrick y el inicio del "boom" latinoamericano, son seres excepcionales. Herederas de la "revolución sexual" de las décadas de los 50, o 60 o 70 y de las corrientes feministas que, sin embargo, recibieron pasadas por varios filtros; ellas supieron combinar libertad con coquetería, emancipación con pasión, reivindicación con seducción. Jamás vieron en el hombre a un enemigo a pesar de que le cantaron unas cuántas verdades, pues comprendieron que emanciparse era algo más que poner al hombre a coletear el baño o a cambiar el rollo de papel higiénico cuando éste, trágicamente, se acaba, y decidieron pactar para vivir en pareja, Esa forma de convivencia que tanto se critica pero que, con el tiempo, resulta ser la única posible, o la mejor, al menos en este mundo y en esta vida.

Son maravillosas y tienen estilo, aun cuando nos hacen sufrir, cuando nos engañan o nos dejan... Usaron faldas hindúes a los 18 años, se adornaron con collares precolombinos, luego minifaldas corticas o se cubrieron con suéteres de lana y perdieron su parecido con María, la virgen, en una noche loca de viernes o de sábado después de bailar twist o canciones de Cheo Feliciano, o de los Bee-Gees en cualquier Discoteca con algún amigo que les habló de Kafka, de Gurdjieff, de Rilke y del cine de Bergman. Al fondo de sus carteras habían paquetes de Camel, Lucky Strike o Kool, libros de Simone de Beauvoir y casetes de Víctor Jara o de Violeta Parra, y

al dejarnos, cuando no les quedaba más remedio que dejarnos, nos dedicaban esa canción de Héctor Lavoe que es a la vez un clásico del periodismo y del despecho, y que se llama "Tu amor es un periódico de ayer".

Fueron con nosotros a la Pizzeria de Tomasselli. Se disfrazaron de Negritas en los carnavales, al igual que se vistieron de luto por la muerte de Julio Cortázar, hablaron con pasión de política y quisieron cambiar el mundo, bebieron ron con Pepsi y aprendieron de memoria las canciones de Simón Díaz, conocieron las tostadas de los Hermanos Álvarez, reinas pepiadas y batidos de lechosa en la madrugada,

Fueron con sus novios a las playas de Barlovento, Buche, Los Totumos, Macuto Sheraton, Playa Copey, Puerto Azul y El Muco (en esa época se podía ir sin temor a los rateros, qué nostalgia), durmiendo en carpas, dejándose picar por los mosquitos, porque adoraban la libertad, algo que luego le inculcaron a sus hijos, lo que nos hace prever tiempos mejores y, sobre todo, juraron amarnos para toda la vida, algo que sin duda hicieron y que hoy siguen haciendo en su hermosa y seductora madurez. Supieron ser, a pesar de su belleza, reinas bien educadas, poco caprichosas o egoístas.

Diosas con sangre humana. El tipo de mujer que, cuando le abren la puerta del carro para que suba, se inclina sobre el asiento y, a su vez, abre la otra puerta desde adentro. La que recibe a un amigo que sufre a las cuatro de la mañana, aunque sea su ex novio, porque son maravillosas y tienen estilo, aun cuando nos hacen sufrir, cuando nos engañan o nos dejan, pues su sangre no es tan helada como para no escucharnos en esa necesaria y salvadora última noche en la que están dispuestas a servirnos el octavo whisky y a poner por sexta vez esa Melodía de Santana. Por eso, para los que nacimos en esas maravillosas décadas del siglo pasado, el día de la mujer es, en realidad, todos los días del año, cada uno de los días con sus noches y sus amaneceres, que son más bellos, como dice el bolero, cuando estás tú.

¡Qué bellas son, por Dios, las mujeres de mi generación!